

## UNANUE Y LA VIDA INTELECTUAL DE LA COLONIA

LUIS D. ESPEJO\*

Señores:

La Academia Nacional de Medicina, cuyas deliberaciones preside la efígie y el espíritu de Hipólito Unánue, conmemora esta noche el bicentenario del egregio protomédico, Fundador de la Enseñanza Médica en el Perú y exponente máximo de la peruanidad.

No soy yo, ciertamente, quién debiera ocupar esta tribuna, ilustrada con el verbo elocuente de genuinos representantes de la intelectualidad médica nacional, más la circunstancia y el sitio de honor que ocupó en ésta ilustre y benemérita institución son incentivos para seguir, con deble paso, por la senda histórica brillantemente trazada por los grandes unanuistas que han contribuído, con investigaciones originales, a la exégesis y a la hermenéutica del pensamiento y la obra del ínclito Unánue.

No acierta el pensamiento mío aprehender los aspectos múltiples de la excelsa personalidad del Padre de la Medicina Peruana. Atamienita el enjuiciarle. Necesitamos ahondar en el origen e intención de las ideas y los sentimientos que fueron los móviles de su maravillosa y fecunda actividad; en la trascendencia de su destino histórico; y, en el despliegue de sus posibilidades creadoras.

Si la dirección intelectual de Hipólito Unánue fué principalmente médica, su curiosidad inquieta lo situó dentro de esa complicada relación que el gran filósofo Francisco Romero llama "de envolvimiento", "mediante la cual determinadas actividades culturales envuelven, de modo y con alcance muy diferentes, otras y a veces todas las demás".

---

(\*) Discurso pronunciado por el Dr. Luis D. Espejo, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne llevada a cabo en homenaje a Unánue.

Así se explica la universalidad de sus conocimientos: su vasta cultura greco-latina, su franca tendencia enciclopedista, su sentido científico-natural, y la claridad y galanura de su estilo literario.

Cuando se estudia la obra del insigne Protomédico, se advierte el afán perenne de difundir los conocimientos primordiales para estructuralizar el país y el fervor con que quiere cimentar la grandeza nacional. Con certeza, ha dicho Raúl Porras Barrenechea: "La gloria de Unánue es esencialmente científica, intelectual, orgullo de academias ilustres y de investigaciones vernáculas. Unánue a través de todas las transformaciones políticas del Perú siguió siendo, sobre todo, esto" un amante del país.

Para comprender la obra unanuana, reformadora de la Enseñanza y de la Educación nacionales, que compartió con otra figura ecinente de nuestra historia de las ideas, José Baquijano y Carrillo, a fines del siglo XVIII, es indispensable hacer el examen sucinto de la vida intelectual del virreinato.

Puede decirse, sin hipérbole, que durante los siglos XVI, XVII y casi todo el siglo XVIII dominó en el Perú la Escolástica.

El Escolasticismo, que comenzó el siglo IX con Escoto Erígena, y adquirió su madurez entre los siglos XI y XII, con San Alselmo y San Buenaventura, experimentó una extraordinaria transformación durante el siglo XIII, con la irrupción en Occidente de la Filosofía aristotélica. Es la época gloriosa del escolasticismo en que Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, discípulo de Alberto Magno, llamado Doctor Universal por la amplitud y profundidad de sus conocimientos en botánica, química y medicina, contenidos en la *Summa Naturalium*, realiza la mirífica obra de relacionar la doctrina peripatética con la teología cristiana, estableciendo el dualismo entre la razón y la revelación, entre el *regnum naturae* y el *regnum gratiae*, y el método aristotélico-escolástico de las *quaestiones*, que deben ser tratadas y resueltas por la *contradicción*. De esta manera, quedaba abierta la vía para las argumentaciones silogísticas, rayanas, en veces, en ergotismo y hasta en erística.

La Escolástica, que fué la filosofía vigente en el Perú colonial, debe ser considerada como la respuesta frente al mundo cristiano medieval. Este fenómeno histórico-religioso se explica —como dice Julián Marías— teniendo en consideración que "Las visiones filosóficas no son en modo alguno intercambiables, sino que vienen rigurosamente cualificadas por su puesto en la historia. Lo que ha visto el siglo XVII no lo pudo ver el siglo XIII, ni lo que vió éste había sido accesible al

siglo IV a. de C. Porque cada momento se apoya en los anteriores, y éstos son efectivos ingredientes de su situación: el ser del hombre en cada instante incluye lo que ha sido en todos los anteriores; y otro tanto ocurre en la historia".

Durante el siglo XVI las polémicas intelectuales son de carácter principalmente teológico. Entre controversias escolásticas, se plantean problemas que atañen a la ubicación humana del indio; problemas bio-sociales que interesan al porvenir y al destino de las razas aborígenes. Se entabla una lucha doctrinaria, apoyada en la noción de inferioridad de las nuevas razas, descubiertas al asombro de los conquistadores y de los doctores imbuídos en prejuicios religiosos y sociales. Entre el teólogo cordobés Juan de Sepúlveda, que admite la inferioridad y la servidumbre del indio, y Fray Bartolomé de Las Casas, que defiende vigorosamente, la inteligencia y la nobleza humana del indio, se desarrollan controversias filosóficas, políticas y jurídicas, que interesan, vivamente, a los doctores de las universidades de Salamanca y Henares, quienes en la llamada "Famosa junta de los catorce" rechaza las ideas de Sepúlveda, sustentadas en el "*servi a natura*" de Aristóteles. En el siglo XVII, Juan de Solórzano Pereira publicó su famosa "Política Indiana", monumento jurídico, en que mantiene, con graves razones, los ideales de libertad e igualdad humanas. Estos mismos ideales sustentaría Hipólito Unánue, muchos años después, inspirado en la observación y en estudios antropológicos y ecológicos.

Hermilio Valdizán, en un valioso estudio médico-histórico, dice: "El siglo XVI transcurre sin gloria para la medicina peruana". Aunque se había establecido la vieja institución médico-española del Protomedicato, allá por los años de 1569, durante el Gobierno del Virrey D. Francisco de Toledo, "Supremo Organizador del Perú", sin embargo la Universidad de San Marcos no se interesaba por la enseñanza científica de la Medicina.

En el siglo XVI desfilan las figuras incoloras de los Protomédicos de la época: Hernando de Sepúlveda, Sánchez Peinado, Iñigo de Homero, encargados del control de la profesión médica en Nombre de Dios, Panamá y el Perú. Es la época en que se construyen los primeros hospitales: Santa Ana, San Andrés, San Lázaro, Espíritu Santo, y se esbozan los primeros intentos de Asistencia Social.

El siglo XVI se caracteriza, epidemiológicamente, por la aparición de enfermedades terribles, como la viruela llamada "negra", las fiebres "pestilentes", la "calentura biliosa pútrida", la "alfombrilla" o sarampión, que hicieron grandes estragos. En medio de este cuadro patético surge la figura de Martín de Porres, "el negro de alma blanca",

como lo llama Hermilio Valdizán, que realiza un verdadero apostolado hipocrático. Antolín Bedoya Villacorta ha hecho un estudio, muy documentado, de la vida y obra de este seráfico barbero y sangrador. Es posible, como conjetura Bedoya Villacorta, que el Real Tribunal del Protomedicato le autorizara para ejercer tan útil y piadoso ministerio.

El siglo XVI nos ofrece una figura conspícua y solitaria: al P. jesuita José Acosta, nacido en España, pero estrechamente vinculado a la tierra peruana. Estudió con ahinco la naturaleza americana y las creencias religiosas de los indios. Fruto de esa larga experiencia fué su famosa obra intitulada "Historia Natural y Moral de las Indias", publicada en Sevilla en 1589. Es el estudio más completo de la flora y fauna americanas efectuado durante el siglo XVI. En la Universidad de San Marcos y en el Colegio jesuita de San Pablo dictó sus sabias lecciones, manteniendo la atención y el interés de sus discípulos por las Ciencias Naturales, tan preferidas entonces.

Al margen de la enseñanza "oficial", sentían muchos espíritus el generoso y ferviente estímulo que, a manera de tradición, venía, como un soplo vivificador, de la obra realizada por los Cronistas de Indias; entre estos, Gonzálo Fernández de Oviedo, que, al principio del siglo XVI, se ocupó del estudio de la geografía, la flora y las costumbres de nuestros pueblos, y publicó su célebre "Sumario de la natural historia de las Indias", "primera y pequeña enciclopedia de la historia natural y de la geografía americanas, que le mereció el aprecio de la corte" al decir de Raúl Porras Barrenechea.

El descubrimiento de la quina, "el árbol de la calentura", los famosos "Polvos de la condesa", o "la corteza peruana", como la llama Hermilio Valdizán; los variados efectos de la coca, que experimentó el P. Cobo, en Lima; la coca, que Cieza de León, el más verídico y enjundioso de los Cronistas, criticó certeramente fueron poderosos incentivos para continuar promisoriamente tan entesada labor.

En el siglo XVII, comienza la enseñanza teórica de la Medicina peruana en la Universidad de San Marcos. En medio del auge del curanderismo, ejercido por barberos y sangradores, y médicos supersticiosos, y la incomprensión de las altas clases sociales, se fundan las cátedras de Prima y de Vísperas de Medicina, que comprendían toda la patología, y cuya enseñanza se ajustaba a los textos de Hipócrates y de Galeno; este último, considerado como autoridad indiscutible. Como ha dicho René Dumesnil, Galeno, más que Hipócrates y tanto como Aristóteles, es el maestro de los médicos hasta el siglo XVIII. En 1691, se inauguró la cátedra de "método de Galeno", que comprendía la terapéutica.

En el siglo XVII, aparece la figura médica del Doctor Francisco Bermejo y Roldán, catedrático de Prima de Medicina. Los historiadores de la Medicina Peruana citan, entre los trabajos de este célebre médico, su famoso "Discurso sobre el sarampión". En medio de sutiles observaciones, en las cuales afirma la importancia contagiosa del aire inspirado, divaga en consideraciones astrológicas, como un médico medieval.

No escapó el Doctor Bermejo y Roldán a la musa "mordiente", incisiva, de Caviedes, el Poeta de la Rivera, como lo llamara D. Ricardo Palma. En muchas de sus poesías, el agudo satírico colonial atacó, despiadadamente, al más afamado médico del Perú en el siglo XVII. Tan lamentable era el estado de la Medicina peruana aquel siglo que Luis Fabio Xammar, malogrado comentarista del autor de "Bayle del Amor Médico", dice: "Juan del Valle Caviedes se incorpora a la existencia y al ritmo en agitados días coloniales. Supo de los distintos miedos por los que atravesó nuestra ciudad: los corsarios, los médicos y los terremotos".

Otra figura prestante en el Perú entre los siglos XVII y XVIII, seguramente la más representativa, fué D. Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides. Peralta fué un gran polígrafo: sus conocimientos eran extraordinarios: dominaba las lenguas y la literatura clásicas; pero, como dice José de la Riva Agüero, "su verdadera vocación científica fué la de matemático y astrónomo. Las ciencias exactas constituyeron el principal objeto de sus tareas intelectuales". Publicó el tratado intitulado "Desvíos de la Naturaleza o del Origen de los monstruos", "en cuyas páginas se advierte —comenta Valdizán— la parquedad de conocimientos diluída en una erudición admirable, frecuentemente inoportuna". Es, en realidad, un tratado médico-teológico, con digresiones astrológicas. Riva Agüero, el mejor documentado de sus biógrafos, dice: "Su dedicación a las ciencias naturales y médicas, que acredita la obra citada (Se refiere a la del Origen de los monstruos) no fué transitoria; las cultivó con ahinco toda su vida, y reconociendo su competencia en ellas, se le encomendó alguna vez la censura de libros de medicina, como la del Doctor Federico Bottoni, impreso en Lima en 1723, y la del de Pablo Petit, impreso también en Lima el año 1730." Además, añade Riva Agüero, "Su celebridad pasó muy luego los mares y llegó a Europa. Ya hemos apuntado que fué socio correspondiente de la Academia de Ciencias de París. Frezier y la Condamine, en sus viajes respectivos, lo citaron con encomio. El P. Feijóo hizo de él, en el discurso sexto del tomo IV del Teatro Crítico, un espléndido elogio, que por

conocido omitimos transcribir aquí. Y tanto Feijóo como su famoso amigo y compañero Fray Martín Sarmiento, se carteaban con él a menudo". Tal el juicio de Riva Agüero sobre Peralta. Sin embargo, las justas observaciones de Valdizán, arriba apuntadas y el estilo conceptista de Peralta, réstanle valor científico. En efecto, era la época en que el culteranismo inficionaba el estilo literario. Con razón, dice Vossler al estudiar este período de la Literatura española: "En lugar de un estilo idiomático sobrio, controlado y severo, tal como lo poseían o pretendían algunos pocos artistas de alta cultura, surgieron modas y maneras desenfrenadas, semibárbaras y recargadas, que conocemos con los nombres de cultismo, culteranismo, conceptismo, jerigonza cultiparlística y otras denominaciones semejantes. Poetas y escritores que habían descuidado o desdeñado lavar la cara a su idioma, no vacilaron en aplicarle afeites, cubriéndole a porfía con artificiosos adornos grecolatinos. El verdadero estilo científico debía surgir, más tarde, siguiendo el ejemplo del P. Feijóo, en la España dieciochesca.

Durante el siglo XVIII domina aún en el Perú, el escolasticismo, pero la filosofía cartesiana se insinúa sigilosamente. Descartes con sus concepciones fundamentales de la *res extensa* y de la *res cogitans*, de las cuales separa la *sustancia absoluta*, la divinidad, satisface las exigencias de la escolástica. La escolástica barroca, principalmente la española, había ya intentado la vinculación con los sistemas filosóficos imperantes en la Edad Moderna, rompiendo sus tradicionales vínculos con la filosofía del Estagirita. Francis Sánchez, el más alto representante del escolasticismo barroco, clamaba por esta relación entre la teología cristiana y el sistema cartesiano. Ferrater Mora, en una serie de notables ensayos sobre la Filosofía Española, dice. "Así como Santo Tomás asimiló dentro de un gran sistema la filosofía aristotélica-árabe, también los teólogos y filósofos españoles afrontaron los nuevos problemas mediante la asimilación enérgica de todas las dificultades filosóficas del pasado". Y, añade: "Más todo ésto fué hecho en una forma moderna"; cualesquiera que fuesen sus creencias teológicas, ensayaron una metafísica que pudiese llegar a ser, y que de hecho llegó a ser, epistemológicamente autónoma".

La concepción cartesiana debió tener en aquella época influencia decisiva en la marcha del pensamiento, en el Perú, y laxar los lazos que lo unían a la filosofía escolástica. No había comenzado en el Perú la Edad Moderna; pues hasta, entonces, se encontraba en plena Edad Media.

En la primera mitad del siglo XVIII se opera un progreso evidente en el campo médico, debido, principalmente, a influencias extranjeras.

La figura más importante es Federico Bottoni, médico italiano, que llegó al Perú en los primeros años del siglo XVIII. Bottoni publicó el año 1723 un trabajo intitulado "Evidenza de la Circulación de la sangre", que representó, seguramente la primera impacción de la Medicina Moderna en el Perú. En el mencionado trabajo condenó el método escolástico y recomendó los sistemas de Descartes y de Gassendi.

Otra figura importante fué el doctor Pablo Petit, cuya actuación profesional y científica ha sido juzgada por Pablo Patrón, médico y filólogo en su importante contribución histórica intitulada "La Medicina en el Perú por los años de 1730". Petit publicó dos importantes opúsculos: uno, en 1723, la "Esencia y Curación del Cáncer, y, otro, el año 1730, "Breve Tratado de la enfermedad venérea o Morbo-gálico".

La cirugía se iniciaba bajo mejores auspicios que el siglo anterior con Martín Delgar.

En el mediodía del siglo XVIII, aparecen en el escenario científico-nacional dos personalidades eminentes: José Eusebio Llano Zapata y Cosme Bueno. Ambos representan en el Perú dieciochesco la reacción contra sistemas y métodos que habían aprisionado el pensamiento secularmente. En esa época aumenta el interés por el estudio del hombre y la tierra peruanos, inquietud a la que no fué extraña, sin duda, el fenómeno de transculturización que comenzó a operarse en la primera mitad del siglo XVIII.

Son los viajeros ilustres que inician lo que alguien ha llamado el redescubrimiento de América. Amedie de Frezier, en 1712, y la expedición de Charles Marie de la Condamine, en 1736, estudian acuciosamente la naturaleza y las costumbres de nuestros pueblos, despiertan el espíritu de investigación en los criollos, e importan elementos técnicos para el fomento botánico, astronómico y geográfico. Son estos "viajeros incitadores" los que dan las lecciones más fecundas; y es entre ellos, Alejandro von Humboldt, la figura cimera.

Llano Zapata, que fué un autodidacta, era un espíritu enciclopédico por la extensión y variedad de sus conocimientos y por su actitud combativa frente a la enseñanza escolástica. Poseía nociones concretas de ciencias físicas y naturales, de medicina y de literatura.

Con Cosme Bueno se inicia la Medicina científica en el Perú, la etapa gloriosa de nuestra medicina dieciochesca. Español de nacimiento, su espíritu se ahonda en el penetral de la peruanidad. Médico eminente y matemático insigne, fué catedrático de matemáticas en San Marcos y Cosmógrafo Mayor del reino. En 1750 comienza su labor científica que termina en 1798; casi cincuenta años de incesante trabajo.

Debemos a la obra historiográfica del Dr. Carlos Enrique Paz Soldán la mejor biografía de Cosme Bueno, y al Dr. Daniel Valcárcel, notable historiador, la publicación reciente de su "Geografía Virreynal", ilustrada con valiosos comentarios. Cosme Bueno es, como lo ha llamado Paz Soldán, el Abuelo de la Medicina Peruana.

Siguiendo el curso de la historia de las ideas científicas, podemos decir que fué en la segunda mitad del siglo XVIII que la Filosofía Natural de Newton fué difundida en el Perú. Según el Dr. Carlos Enrique Paz Soldán en su notable trabajo intitulado "Isaac Newton y los Albores de la Escuela Médica Peruana", fué el P. Juan Rher el primer newtoniano; de él dice: "bohemio, grande matemático y Astrónomo, informado de la obra de Newton y el primer irradiador de ella". El P. Rher fué Cosmógrafo Mayor, y tuvo a su cargo la publicación de "El Conocimiento de los Tiempos".

Cosme Bueno fué, igualmente, otro newtoniano eminente, y trazó la ruta científica que debería ser fecunda para el progreso de la Medicina peruana. Puede decirse que existe una continuidad científico-histórica entre Cosme Bueno, Gabriel Moreno e Hipólito Unánue.

Los tiempos nuevos abandonaban los sistemas filosóficos, como el cartesianismo, que llegaron tardíamente al Perú, para adoptar "el nuevo estilo de pensar", que se ajustaba más a los "Principios Matemáticos de la Filosofía Natural" y a los *regulae philosophandi* de Newton que al "Discurso del Método" de Descartes. Ya en adelante, la razón no partiría de los conceptos generales para, gradualmente, descender al conocimiento de lo particular, sino, al contrario, el pensamiento examinaría los hechos, lo "fáctico", para elevarse a los principios.

La nueva ciencia inaugurada con Galileo, continuada con Kepler, y perfeccionada con Newton produjo una gran revolución intelectual, y creó el verdadero método científico: del *Datum* al *quaesitum*, del dato a la ley. "Esta nueva jerarquía metódica —dice Cassirer— es la que presta su sello a todo el pensar del siglo XVIII".

Durante toda la Edad Moderna, desde el Renacimiento hasta la Ilustración, el pensamiento humano abandonó el principio de autoridad, la explicación por las causas finales y la física aristotélica, y se inclinó hacia la concepción mecánica: adoptó el criterio empírico, basado en la observación y la experiencia, y el método matemático en la apreciación cuantitativa de los fenómenos de la naturaleza. Unir, en síntesis fecunda, el empirismo experimental y el razonamiento matemático fué la obra genial de Newton, y para llevar a cabo esta síntesis maravillosa empleó su famoso cálculo de las fluxiones, origen del cálculo.



lo infinitesimal de Leibniz. La obra científica de Newton trasciende del campo de la física para penetrar en el campo de la Filosofía y de la cultura en general. Puede afirmarse, que todo el siglo XVIII está iluminado por el newtonismo.

Es muy probable que el sistema de Newton llegara al Perú a través de las obras del Padre Feijóo. No es aventurado suponerlo, pues Feijóo fué el que propagó en España las obras de Newton, y sobre todo hizo de ellas comentarios y elogios. Tanto en su "Teatro Crítico", como en sus "Cartas eruditas, y curiosas" trató extensamente sobre el genial físico inglés. En una de sus más notables "Cartas", intituladas "Sobre los Sistemas Phylosóficos" y en sus "Discursos" El Caballero Newton, Ingenio de primer orden, "El sutísimo inglés Isaac Newton", trata de la filosofía natural del gran físico, impugnando al aristotelismo y a los escolásticos, "los cuales —dice Feijóo— "nunca se pueden escapar de ser injustos".

Me anima hacer esta conjetura, el hecho de figurar en el Catálogo de la Biblioteca de José Manuel Dávalos, contemporáneo de Unánue, las obras completas del insigne benedictino; biblioteca que conocemos debido a las investigaciones del distinguido historiador P. Rubén Vargas Ugarte.

Si la Filosofía Natural de Newton tuvo decisiva influencia en la mentalidad peruana del siglo XVIII, no la tuvo menos la "Enciclopedia", que apareció como un fenómeno histórico en la madurez de la Edad Moderna, en la Ilustración.

Es evidente que los antecedentes de la Enciclopedia se hallan entre fines del siglo XVI y en los primeros años del siglo XVII. Francisco Bacon, Leibnitz y Bayle son los precursores de esta gran revolución intelectual. Pero, Diderot y D'Alambert son los dos representantes más conspicuos. Partiendo del gran inventario del saber moderno, organizan una visión integral, científica y racional, de la realidad. El siglo XVIII va a poner su fé en la ciencia y, por consiguiente, en la razón.

En el otoño magnífico del siglo XVIII, aparece la figura epónima de Hipólito Unánue. Está animado por la convicción profunda, en las ideas renovadoras de los tiempos nuevos; se inspira en la Filosofía de Newton y en la Enciclopedia; pero, siente una angustia desgarradora: la necesidad de conciliar sus hondas convicciones religiosas con la Ciencia y la Filosofía de la Ilustración. De esta crisis espiritual lo salva su sentido de la realidad y su ponderación, que le permite distinguir el reino de Dios del reino de la naturaleza.

Colocado Unánue en la intersección de dos siglos, tuvo que luchar contra los errores y los prejuicios de la sociedad colonial, que él co-

nocía profundamente, y contra los hechos frangentes de la etapa inicial emancipadora.

Amante del país, sobre todo, nunca abandonó el contacto con la realidad nacional; y el sentimiento de la patria, en lo que el tiene de tradición y de comunidad de ideales, palpitaba en su noble y generoso espíritu. Unánue adherido al "progresismo iluminista" de la época se entregó, con efusión y fervor, a la realización de sus anhelos programáticos. Luchó contra los excesos del escolasticismo, aún imperante, y para despertar la curiosidad y el interés por los problemas nacionales fomentó el estudio de las Ciencias Naturales y de las Matemáticas, buenos antidotos contra los vuelos irrefrenables de la imaginación, la logomaquia y el conceptismo.

Desde la época virreynal, se interesó en los problemas médico-sociales. Son notables las observaciones que sobre la mortalidad infantil expuso en la memoria del Virrey Gil de Taboada; entre éstas, las medidas sanitarias indispensables para conjurarla:

Su labor de publicista en el "Mercurio Peruano", órgano de la Sociedad de Amantes del País, entre los años de 1791 y 1795, fué notable. Aparecieron, sucesivamente, artículos suyos sobre Medicina, Geografía, Historia Natural, y Paleosofía, que comprendía entonces la Arqueología y la Prehistoria.

El "Mercurio Peruano" fué una cátedra de peruanidad. Certamente, dice Jorge Basadre: "Nada más que el Perú y nada menos que el Perú parece haber sido el lema de los redactores del primer "Mercurio" y por eso no prescindieron de la cultura aborígen y no prescindieron tampoco de la época virreynal y superando todo localismo de época, clase, región, bandería personal, ideológica o sectaria, acogieron estudios históricos, geográficos, de ciencias puras y aplicadas, económicas, institucionales, costumbristas, lingüísticos y literarios sobre el Perú total. "Unánue, que con el pseudónimo de *Aristio* colaboró en el "Mercurio", y fué secretario de la Sociedad de "Amantes del País", fué el colaborador más asiduo.

Colocado entre dos épocas de la historia peruana, Unánue, por su entrañable amor a la patria y a sus instituciones, viene a encarnar — según la exacta expresión de Basadre— la continuidad misma del Perú".

La cultura médica del preclaro Protomédico se informa en la Medicina del Barroco. El barroco fué la época de los grandes sistemáticos de la medicina, que se extiende desde el siglo XVII hasta la mitad del siglo XVIII. La medicina, como todas las actividades intelectuales, tien-

de, en esta etapa de la Edad Moderna, a liberarse del clasicismo, a adoptar modalidades propias e informarse en un criterio racionalista.

Es evidente que las grandes conquistas de la llamada por Newton Filosofía Natural tuvieron influencia decisiva en la marcha del pensamiento médico barroco. Concorde con los progresos de la física, se inaugura la química moderna con Robert Boyle, y surge, entonces, la noción fundamental de elemento químico, de combinación química, y la aplicación del peso y la medida en las operaciones químicas; a estas nociones se une, luego, el concepto de afinidad. Al mismo tiempo, va a experimentar un cambio radical la taxonomía y a establecerse la noción de "especie" biológica. Se inaugura, como consecuencia de esta evolución físico-química, la concepción dinámica de la naturaleza.

Los grandes sistemas filosóficos y las investigaciones experimentales de Galileo, Descartes, Newton, Locke y Leibnitz van a establecer sobre bases sólidas la ciencia moderna y, por consiguiente, la medicina moderna. Con razón, ha dicho Dilthey: "De la colaboración de los filósofos y de los investigadores de la naturaleza de todos los países civilizados, surgió en el siglo XVII la ciencia natural matemática, su fundamentación filosófica y su aplicación a todos los dominios de la vida. Se levanta el conocimiento de la conexión legal de la realidad sobre bases de validez universal. En esta cooperación de los investigadores y en el progreso constante de sus trabajos tenemos al nuevo hecho que opera una revolución en todos los espíritus.

Las concepciones filosóficas de la Edad Moderna y el criterio empírico y matemático van a determinar cambios fundamentales en la Medicina. Al respecto, dice Laín Entralgo: "Galileo y Descartes operan muy directamente sobre la iatromecánica: Sydenham piensa como Locke y John Ray; Boerhaave escribirá a la manera de Descartes, de *distinctione mentis a corpore*; sin Newton ni Leibnitz no serían comprensibles Hoffmann y Sthal. El saber médico del Barroco, fiel al naturalismo que los griegos impusieron a toda la medicina de Occidente, ha tratado de hacer suya la enseñanza de los grandes creadores de la ciencia natural moderna".

Hipólito Unánue concilió, en su espíritu médico, el iatromecanismo de Boerhaave con el empirismo sistemático de Sydenham. Su concepción médica se nutrió de la doctrina dinámica de Boerhaave que aceptaba el movimiento continuo de los sólidos y los líquidos del organismo, regido por la *vis vitae*, y el empirismo de Sydenham fundado en la observación directa del enfermo, la sistematización de las enfermedades con arre-

glo a un criterio taxonómico, y, el concepto fundamental de especie *morbosa*.

Se observa, igualmente, en Unánue, la inclinación a aceptar las ideas de Hoffmann sobre el *solidismo*, con arreglo al cual la vida se ejerce principalmente en el *solidum vivens*, y el *animismo* de Stahl, que acepta la existencia de movimientos mecánicos y químicos, dirigidos por el *ánima*.

La cultura greco-latina de Unánue le traía hacia Hipócrates, cuya doctrina del humorismo gustaba a su espíritu observador de la *vis medicatrix naturae*.

Con este bagaje cultural, Unánue, el creador del Anfiteatro anatómico, en 1792, y del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, en 1808, expone en el "Plan", para las Conferencias Clínicas, en 1774, y en el "Quadro Sinóptico" su doctrina médica y docente. El Dr. Carlos Enrique Paz Soldán, con sabiduría y erudición, ha hecho la exégesis de estos dos documentos que constituyen los dos pilares de la fecunda y trascendente enseñanza de Unánue.

En el "Plan" se advierte además de Boerhaave, la influencia de William Cullen, de la Escuela de Edimburgo; Cullen fué discípulo y continuador de Hoffmann. Considerado Cullen como un alto representante de la Patología sistemática vitalista, es posible que Unánue se impresionara con las nuevas ideas que aportaba el insigne médico de Edimburgo sobre la influencia del sistema nervioso en la fisiopatología, con sus dos expresiones: el espasmo y la atonía.

Se puede decir que el "Plan" de las conferencias clínicas que redactó Unánue, se informó en los grandes sistemáticos del período Barroco, que ejercieron influencia en la Medicina ya promediado "El Siglo de las Luces".

El "Quadro Sinóptico" revela el deseo de Unánue de formar de San Fernando un gran centro de estudios para la formación integral del médico. El "Quadro", comprendía, por eso, las ciencias naturales y matemáticas, las ciencias biológicas y la psicología; programa demostrativo de su maravillosa visión del porvenir de la Medicina.

La obra cumbre de Unánue, intitulada "Observaciones sobre el Clima de Lima", en la cual vertió el caudal de su inmensa cultura científica y literaria, y su personal experiencia, ha sido ampliamente comentada por el Dr. Carlos Enrique Paz Soldán. En toda ella revela Unánue la universalidad de sus conocimientos; y, aunque se inspira en Hipócrates y Stoll, principalmente, pudiera decirse, con Pérez de Ayala, que "al contemplarse en ellos reflejado se le alumbraron anchas y hondas zonas en

las canteras de sus entrañas para manifestarse al pronto necesaria y originalmente".

Es tan vasta la obra de Unanue en los diversos y complejos dominios del conocimiento, que es indispensable un estudio exhaustivo de su contribución a la Historia de las Ideas en el Perú.

Alguna vez dijo el grande historiador Jorge Basadre: "La historia cultural del Perú no está escrita. Apenas si lo que se ha hecho hasta ahora es presentar en visiones de síntesis, más o menos incompletas, su trayectoria literaria. No poseemos todavía un esbozo de historia de nuestras inquietudes teológico-filosóficas, de nuestro arte en un sentido integral, de nuestras ciencias puras o aplicadas. Y por esta razón la búsqueda de nuestro "mensaje" espiritual se ha hecho a través de la obra de poetas, cuentistas, novelistas y, a lo sumo, ensayistas".

Grandes unanuistas, como los Drs. Carlos Enrique Paz Soldán y Luis Alayza y Paz Soldán han realizado gran parte de la labor eurística conducente al conocimiento de la polifacética personalidad de Unánue en sus aspectos prominentes: el científico-social y el político; se diría, como amante del país y como hombre de estado.

La obra constructiva y la labor programática del preclaro Unánue llegan impletivamente, en esta hora de grandes realizaciones en la Escuela de San Fernando, como estímulos que vivifican la cultura patria con aliento eternal.

Agosto - 18 - 1955.